

Luis Enríquez

József el Húngaro

Prólogo de
JOSÉ F. PELÁEZ

la esfera  de los libros

Primera parte

HUNGRÍA

El camino de vuelta siempre era frío. Incluso en primavera. El viento y la humedad del Danubio durante el kilómetro y medio que recorría en bicicleta desde el gimnasio del estadio Béke téri hasta la casa de su padre en la calle Károli Gáspár, con el pelo mojado y el cansancio acumulado, se le infiltraban en los huesos y después era muy difícil entonarse durante la comida. Era lo peor de la isla de Csepel, en el distrito XXI, único de los veintitrés que no formaba parte ni de Buda ni de Pest. Al estar rodeada por el Danubio y uno de sus principales afluentes, el Ráckevei Soroksári-Duna, el frío y el viento eran constantes. Lo mejor era la belleza del río y sus puentes, la elegancia de su arquitectura y sus arboledas frondosas, impropias de un barrio puramente industrial.

Su padre, Jakob, era fresador en una acería al norte de la isla, y József aprendió el oficio cuando terminó la educación obligatoria a los dieciséis años. Jakob era un hombre corpulento de hombros anchos y mentón prominente. Tenía ojos claros y caídos que le conferían una mirada triste. Sus enormes y ajadas manos de obrero contrastaban con su pelo casi rubio, como de príncipe. Era un hombre callado, más por reflexivo que por tímido, y toda su sabiduría acumulada, que procedía de la experiencia más que de la lectura, se la intentó transmitir a su hijo manteniendo siempre la voz baja.

Jakob y József vivían solos en un ramal residencial de Csepel en una de las viejas casas unifamiliares de colores apagados, desconchones, teja nueva y verjas oxidadas alineadas a lo largo de la

calle Károli Gáspár. Un pequeño recibidor ajardinado daba algo de aire a la entrada principal de la vivienda, que constaba de dos habitaciones, ambas con ventana a la altura de la calle, una minúscula cocina y un salón suficiente, también exterior, presidido por una televisión razonablemente moderna. El paisaje provocaba en el visitante sensaciones contradictorias. Por un lado, la frondosa arboleda recordaba a los mejores barrios de las capitales centroeuropeas, pero, por otro, las aceras y la calzada principal, cosidas a parches y grietas, y los indisimulados cables de alta tensión, liados como una tela de araña sobre las viviendas, parecían estar allí para recordar que ni aquello era Suiza ni los vecinos banqueros.

La casa de Jakob y József no era ni mejor ni peor que las de su entorno, lo que equivale a decir que no tenían estrecheces económicas, pero tampoco sobraba mucho. La madre de József murió cuando él aún no tenía capacidad para almacenar un solo recuerdo propio, así que su padre, que la añoraba por los dos, se los fue implantando a través de fotos antiguas e historias hasta que el chico era incapaz de distinguir lo que vivió realmente de lo que le habían contado.

A diferencia de sus compañeros en la fábrica, que apenas pasaban tiempo con sus hijos, Jakob no iba a ninguna parte sin el suyo. La soledad de József lo obsesionaba y la única forma de acallar el zumbido de su conciencia era multiplicarse para estar presente. Como la escasa oferta de ocio en Budapest era para adultos o requería una erudición impensable para Jakob, intentó exprimir la mejor baza a su alcance: su amor por el fútbol. Aficionado al Ferencváros desde niño, conocía todos los equipos nacionales y europeos, los jugadores y, lo más importante, sus historias. En el trayecto al estadio, especialmente en partidos de competición europea, apabullaba a su hijo con anécdotas del Manchester United, del Real Madrid o del Bayern de Múnich. A József aquellas historias le entusiasaban, pero por motivos distintos de los que su ingenuo padre creía. Con la pretensión estéril de aficionar a su hijo al fútbol —no lo consiguió—, Jakob, sin saberlo, estaba sembrando en su cabeza la semilla de la fascinación por la cultura occidental.

La buena noticia para aquel padre desorientado era que, para averiguar la verdadera pasión de József, solo tenía que observarlo frente al televisor. Con cada combate de boxeo, espectáculo de lucha libre o película de Bruce Lee, el niño se desbordaba de excitación. Imitaba los golpes y los gestos de los luchadores, derrotaba rivales invisibles, encajaba puñetazos imaginarios y se alzaba con cinturones de campeón delante de un público que lo aclamaba en su cabeza. Hasta tal punto Jakob comprendió que la batalla por el interés de su hijo estaba perdida que, resignado, le fabricó en la acería unos miniluchakos forrados de cuero que él mismo cosió a mano.

En el colegio, su enorme corpachón avalaba su vocación y sus compañeros parecían pigmeos a su lado, así que, un poco porque tenía verdadera facilidad y un poco porque lo fueron dirigiendo, se convirtió en una estrella de cualquier disciplina que requiriera músculo, habilidad y pegada. Boxeo, lucha, kárate... En las competiciones con otros institutos siempre traía algo para el distrito XXI. Cuando se terminó el espacio en la repisa de su cuarto, Jakob empezó a apilar los trofeos en cajas y después directamente los tiraba. Al principio eran valiosos y lo llenaban de orgullo paterno pero poco a poco se fueron convirtiendo en un incordio y József nunca hubiera notado la diferencia.

Al terminar el instituto y empezar con el aprendizaje del oficio de fresador, su tutor de último curso lo inscribió en el Csepel FC, un club de fútbol de segunda categoría en Hungría que tenía un estadio en la isla e instalaciones para otros deportes, entre ellos lucha y boxeo. Algunos de los medallistas olímpicos húngaros en ambas disciplinas pertenecían a aquel club que se convirtió en una segunda casa para József.

El chico fue acogido con recelo por sus compañeros de gimnasio, pero con ambición por los entrenadores. Uno de ellos, que había sido campeón olímpico de boxeo y que era experto en lucha y kárate, era el encargado de buscarle hueco entre los grupos. A simple vista, el peso de József no encajaba entre los alumnos de su edad así que tuvo que asignarlo a un grupo un par de años mayor

que él. No tardó mucho en comprobar que el peso no era la única ventaja que otorgaban dos años de antigüedad y las tundas que recibía en los guanteos y en el resto de los ejercicios eran monumentales.

—La desventaja que tienes con los otros también es parte de tu preparación —le repetía el entrenador—. Enorgullécete de cada uno de esos moratones porque son los que te van a mantener en pie en el futuro.

En el gimnasio no disponía de demasiados lujos: una taquilla propia con un candado que tenía que traer de casa, duchas comunes (unos días sin agua caliente y otros sin agua en absoluto) y una pequeña enfermería. La sala de entrenamientos, en cambio, era imponente. Con la amplitud propia de cualquier instalación incrustada en un estadio de fútbol, tenía el suelo típico de listones de madera muy desgastados, unos cuarenta sacos a cada lado con la holgura necesaria, algunos de ellos parcheados con cinta aislante, y estaba presidida por un cuadrilátero que también hacía las veces de tatami. La luz blanquecina de los fluorescentes era permanente y nadie nunca vio en movimiento las aspas de los enormes ventiladores que colgaban del techo. Los ventanales corridos en la parte superior de las paredes aportaban algo de luz exterior, pero nunca estaban abiertos, por lo que el olor a sudor y a linimento se hacía irrespirable al final de la jornada.

La liturgia de cada mañana era invariable: llegaba en bici de madrugada con la equipación en una mochila, se cambiaba rápido para evitar más exposición de la imprescindible a la temperatura gélida del vestuario a esas horas, se vendaba las manos, entraba en la sala de entrenamientos y, sin preguntar a nadie, a discreción, hacía media hora ininterrumpida de comba. Después, una vez se había completado el grupo, el entrenador dirigía un calentamiento físico de otra media hora con todo tipo de ejercicios de brazos, hombros y piernas. Cuando todos habían roto a sudar, hacían tres asaltos de sombra de boxeo, dos o tres katas dirigidas por el entrenador y ejercicios técnicos por parejas, primero de combinaciones de movimientos, golpes y esquivas de boxeo, y después de kárate,

que también eran dirigidas. Tras solo un minuto de descanso para hidratarse, los alumnos se distribuían por los sacos, procurando elegir siempre el mismo con una rutina supersticiosa, y hacían cuatro asaltos de boxeo y tres de kárate.

Pero lo que todo el grupo esperaba era el combate. Alternando boxeo y kárate, se enfrentaban en parejas arbitrarias decididas por el entrenador. Si eran de boxeo, con guantes; si eran de kárate, con las manos vendadas y los pies descalzos y siempre con bucal y casco. Los combates de boxeo eran al mejor de tres asaltos a juicio del entrenador y los de kárate al primero en conseguir ocho puntos (tres por *ippon*, dos por *waza-ari* y uno por *yuko*).

Después, las sensaciones de triunfo o derrota se igualaban con quince minutos de ejercicios abdominales y, finalmente, estiramientos. Aunque eso era para los demás, porque a József, por indicación del entrenador, aún le esperaban otros quince minutos golpeando con ambos puños una viga de madera de un metro de larga por cincuenta centímetros de ancha y sesenta de alta que colgaba del techo por dos cadenas de hierro. Los primeros días los nudillos se le abrieron y el dolor era insoportable. Pero la indiferencia del entrenador y el paso del tiempo hicieron que los ocho montículos quedaran cubiertos por dos bloques óseos homogéneos y piel callosa.

Una vez duchado y con ropa de calle, recorría en bicicleta los cuatro kilómetros que separaban el estadio y la acería donde trabajaba su padre y asistía a la formación como fresador hasta el almuerzo en la propia cantina de la fábrica.

Las tardes las pasaba con dos amigos del gimnasio y el tedio de vivir en un país donde no había mucho que estuviera permitido. Uno era hijo de inmigrantes georgianos y se llamaba Nino. El otro era un compañero del colegio dos años mayor al que todos llamaban Bruce por los ruiditos ridículos que hacía al golpear el saco. Para matar el tiempo, los tres amigos se tenían que conformar con las historias de Nino de su país, sobre todo de hazañas de rugby y ciclismo (que a ninguno de los otros dos interesaba lo más mínimo)

y con los sueños de József de viajar a Europa y América cuando fuera a competir por una medalla olímpica.

Y eso que no podían tener demasiada queja porque la Hungría de János Kádár como secretario general del Partido Comunista era una especie de vanguardia aperturista entre los países del Pacto de Varsovia. Alzado a la dirección del país tras el aplastamiento por parte de la Unión Soviética de la revolución del cincuenta y seis, Kádár lideró una represión implacable que acabó con la ejecución de muchos revolucionarios. Sin embargo, seducido por la economía de mercado y los bienes de consumo, fue dando síntomas de apertura hasta la implantación de lo que se conoció en la época como «comunismo *gulash*». El comercio con algunos países occidentales, excepcional en el bloque del Este, propiciaba importación de tabaco americano y whisky escocés e irlandés, la publicación de periódicos y revistas internacionales y la apertura de clubs con música de bandas inglesas o americanas, restaurantes italianos y pubs irlandeses.

Aunque el principal problema que tenían esos clubs no era la dictadura comunista precisamente. De una población de unos diez millones de habitantes en Hungría, la minoría gitana solo representaba el cinco por ciento y estaban aislados en sus propios territorios. Pero algunos elementos de esa minoría, que era puro lumpen sin mucho que arriesgar ni futuro alguno, se agrupaban en bandas mafiosas dedicadas al tráfico de droga. La vida, la propia y la de los demás, carecía de valor para ellos, y eso los convertía en muy peligrosos. Para ganar dinero, las bandas gitanas tenían que abandonar su aislamiento y llevar su producto allí donde se concentraban sus potenciales clientes, que no era otro sitio que los clubs nocturnos. Una vez se hacían con uno, como un virus apoderándose de un organismo sano, lo aseguraban como centro habitual de tráfico y ahuyentaban a los clientes de mayor nivel adquisitivo, provocando el deterioro del ambiente del local y, a la larga, el cierre.

Pero József y sus amigos vivían ajenos a todo aquello. Sus mañanas discurrían entre el gimnasio y la fábrica, y las tardes las

dedicaban a soñar con competiciones en el extranjero, con asistir a proyecciones de películas americanas, con escuchar discos de grupos ingleses y con comprarse unas Nike.

Aparte del trabajo en la acería, el padre de József se ganaba un sobresueldo haciendo pequeñas obras para los vecinos de Csepel durante el fin de semana. Tenía dolor crónico en la espalda y la envergadura de su hijo le venía bien para transportar peso a cambio de una propina que József, en cualquier caso, no sabía dónde gastar. Así que, a falta de emplear mejor su tiempo libre, aprendía dos oficios y pasaba tiempo con su padre.

En el gimnasio, la aparente facilidad con que superaba rondas y se deshacía de rivales en las competiciones contra otros clubs deportivos de la ciudad se volvía un tormento para sacar adelante combates cuando se trataba de competiciones nacionales. La presión que tuvo que soportar desde muy niño lo abrumaba. Ningún resultado que no fuera la victoria era aceptable y llegó a maldecir su complexión, ese don que lo apartaba de los chicos de su edad y que lo sometía a la obligación de devolver éxitos en consonancia. Su entrenador se desesperaba. Tenía delante de sus ojos un prodigio físico que adolecía de una falta de personalidad asombrosa a la hora de aspirar a éxitos mayores.

El paso de los años iba resignando a József y reduciendo la expectativa de clasificarse para competiciones internacionales de boxeo o kárate y se conformaba con sus frecuentes éxitos en las locales: «Si a mi edad no soy aspirante a competición olímpica, es que ya no lo seré». Y cuando uno se aleja de la férrea disciplina que acompaña a los deportistas con pretensiones de pertenecer a la élite, se vuelve un joven normal con la mentalidad y las jerarquías propias de su edad. Así que aquellos chicos empezaron a abandonar la burbuja de los entrenamientos y el gimnasio para salir al mundo. Inicialmente su liberación se reducía a largos recorridos vespertinos por la isla, a veces andando y otras en bici. Pero era

cuestión de tiempo que acabaran conociendo bares como el Beckett's, un pub irlandés donde descubrieron la Guinness y los Pogues.

El encargado de Beckett's era un joven irlandés pelirrojo, Declan O'Callaghan, al que los dueños del pub donde trabajaba en Dublín, el Dalkey, habían enviado Budapest para encargarse de la gestión. Las ganas de aventura e independencia de Declan se marchitaron a su llegada a la ciudad el 1 de enero del año anterior, con la calle cubierta de nieve y un frío que dolía. Pero la primavera y el disfrute de una cierta libertad que no esperaba en Hungría convirtieron tres meses de período de prueba en seis. Y esos seis en año y medio.

Cuando conoció a József, Declan no pudo evitar hacerse su amigo. Su corpachón le llamaba la atención, pero lo que más le gustaba de él era el ansia por saber. Le descubría canciones de los Waterboys y le contaba historias de John Ford y, cómo no, de rugby. Una de sus favoritas sucedió en 1972. Según Declan, las amenazas del IRA durante los *Troubles* habían impedido la celebración de los partidos de Irlanda como anfitrión contra Escocia y Gales, ya que ambas selecciones se habían negado a viajar. Tan herido quedó el orgullo irlandés que, solo un año más tarde, la selección de Inglaterra (¡¡de Inglaterra!!) se llevó una ovación de cinco minutos en Dublín por el mero hecho de comparecer. Los ingleses perdieron por 18-9 y su capitán, al finalizar, dijo: «Puede que seamos malos, pero, por lo menos, nos presentamos».

A pesar de resultar bastante caro, József y sus amigos eligieron el Beckett's como una especie de santuario donde el exceso de Guinness convirtió sus cuerpos de adolescentes esculturales en homogéneos bloques de músculos pasados de peso y el exceso de letras de Shane McGowan, que Declan les traducía («*They've got cars big as bars. They've got rivers of gold. But the wind goes right through you, it's no place for the old. When you first took my hand on a cold Christmas Eve you promised me Broadway was waiting for me*»), transformó su complaciente resignación en un incontrolado deseo de salir a conocer el mundo.

Lo malo era que, por mucho que quisieran viajar por Europa y Estados Unidos, su vida se reducía principalmente a un gimnasio donde no había muchas novedades. Pero alguna sí. Una mañana, llamó alguien a la puerta del entrenador. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, con ropa elegante, pero con un par de tallas de más, pelo negro claramente teñido peinado con gomina y unas gafas oscuras que no se quitó en ningún momento. El hombre se presentó al entrenador, dejó una tarjeta de visita sobre la mesa y ambos estuvieron un buen rato charlando. Poco después, cuando el grupo terminaba la sesión de comba, el entrenador invitó al visitante a asistir al entrenamiento. József estaba intranquilo. Aquel hombre podía ser policía o un cazatalentos para el equipo olímpico. Si el caso era el primero, con él no iba la historia, pero si era el segundo, aquella podía ser su última oportunidad de dar un salto competitivo.

El tipo no perdió ojo de nada de lo que sucedía allí dentro e incluso se quedó a ver a József aporrear aquella viga como si le debiera dinero. Al acabar, uno se fue al vestuario y otro se dirigió al encuentro del entrenador. Cuando József ya estaba dispuesto a meterse en la ducha, una voz ronca lo reclamó al despacho.

—Mira, József. Te presento al señor Lázló Kovács. El señor Kovács regenta un club en el distrito II llamado Fortuna. Está buscando un responsable de seguridad y tu perfil le encaja. El sueldo es bueno y yo que tú lo escucharía.

Con un simple apretón de manos, las aspiraciones de József de convertirse en campeón olímpico se apagaron para siempre.

—Encantado, hijo —dijo Kovács—. Verás, el Fortuna es un club elegante con clientela fija, y quiero que siga siendo así. Hasta ahora no he tenido mucha suerte con los tipos que he contratado para mantener la seguridad del local. No es que tenga problemas a menudo, pero ya he tenido que impedir la entrada a esos gitanos un par de veces. Eres corpulento, y, cuando tu mera presencia deje de ser disuasoria, ya he visto que tienes talento para repartir mamporros. Tu entrenador me dice que te conoce desde hace años y que eres de fiar. Aquí tienes mi tarjeta. Si estás interesado, llámame

a ese teléfono a partir de las ocho, que es cuando abrimos. En cuanto al dinero, lo vas a encontrar más que satisfactorio.

Y se fue. Cuando se disponía a regresar al vestuario, el entrenador lo retuvo por el brazo.

—József, escúchame bien. Quiero lo mejor para ti, para vosotros, y por eso no tengo más remedio que hablarte a las claras. Por mi experiencia te digo que si ya no has conseguido llegar a competir en finales nacionales, ya nunca lo harás. Y si vais a terminar de matones en algún antro, prefiero ser yo quien los elija. Ese trabajo te va a hacer cambiar un poco los horarios, pero conozco a Lázsló y su club y te va a pagar a la semana lo que tu padre gana en un mes. Yo que tú lo pensaría despacio.

El aire frío en la cara del trayecto a la acería en bici, no lo sacaba de su asombro. El dinero les vendría bien a su padre y a él y el trabajo podría resultar interesante. Pero no sabía nada de aquel negocio y nunca se había pegado con nadie fuera de un ring. Incapaz de enfrentarse aún con su padre, tuvo el impulso de cambiar la dirección y dirigir la bicicleta al Beckett's.

—József! ¿Qué haces aquí a estas horas? Es igual, me vienes de muerte. Ayúdame a meter el pedido en el almacén.

Mientras transportaban cajas de vasos y botellas de whisky irlandés y cerveza local, József contó a su amigo la propuesta. Cuando terminaron, se sentaron en los taburetes de la barra y Declan sacó una botella de Jameson con dos vasos.

—La oferta es buena y no hay nada en ese trabajo que no acabes pudiendo o sabiendo hacer. La vida de noche te va a desorientar al principio, pero te acabará gustando. Ese tipo tiene miedo de que los gitanos le arruinen el negocio. Yo mismo tuve que encargarme de eso. ¿No te lo he contado nunca?

Declan se acodó sobre la barra y empezó a relatarle aquella historia. Poco después de su llegada, observó que ciertos elementos con pinta poco recomendable entraban en el Beckett's y pasaban más tiempo del necesario en los baños. La rutina se repetía sobre todo en las horas de más clientela, aunque el barullo no impedía a Declan seguirlos con la mirada desde que hacían su apa-

rición hasta que se iban. Una noche, cuando dos de ellos se disponían a entrar, Declan salió de la barra y se interpuso en su camino.

—No sois bienvenidos aquí. Id con vuestra mierda a otro lado.

Uno de los dos sonrió y le dijo un simple «Tendrás noticias».

Al día siguiente, tal y como habían anunciado, los mismos dos hombres a los que había echado entraron por la puerta, pero esta vez acompañados de un tipo aún más áspero que, por si su aspecto no fuera suficientemente intimidante, tenía una cicatriz en la frente que le partía la ceja derecha.

—He oído que anoche hubo un malentendido aquí. Pero a mí me parece que tienes cara de listo. Y con los listos siempre te puedes entender. Verás, chico listo, este local nos gusta y nos gusta todavía más verlo lleno todas las noches. Así que, para que todos saquemos provecho de esto, no solo vas a dejar entrar a mis hombres a hacer lo que tengan que hacer, sino que nos vas a dar una pequeña parte de tus ganancias. Digamos un veinte por ciento. Cada fin de mes, vendré a que me invites a una cerveza amarga de esas que sirves y a recoger un sobre.

—Mire, amigo, yo solo soy un empleado. Los dueños del garito son irlandeses y viven en Dublín.

—Bueno... pero eso tiene arreglo, ¿no? En Dublín seguro que hay teléfonos. Así que te dejo una semana para que los llames y los convenzas. Explícales que en Budapest las cosas se hacen a nuestra manera.

A la mañana siguiente, después de una noche de insomnio y retortijones, Declan llamó a sus jefes a Dublín para explicarles el mensaje recibido con una voz todavía temblorosa y el miedo en el cuerpo.

—Eres un pardillo, Declan. Estás regentando un pub irlandés y no hay nada que inspire más temor en Europa que los irlandeses, no sé si me entiendes. Allí las cosas se hacen como digamos nosotros, igual que en el resto del mundo. Suma dos y dos y búscate la vida.

Y así lo hizo. Con una máquina de escribir portátil que había traído desde Dublín para empezar historias que luego nunca terminaba, Declan empezó a teclear.

«A quien pueda interesar. Este local nos pertenece y está protegido. Cualquier daño ocasionado a sus instalaciones o a sus empleados será interpretado como una provocación y actuaremos en consecuencia».

Después, en una zapatería de la misma calle que también hacía llaves a medida, encargó un sello de madera con tres letras mayúsculas en relieve: IRA. Una vez hubo comprobado que la carta era lo suficientemente verosímil, la guardó tras la barra y siguió con su rutina.

Cinco días exactos después, los tipos entraron por la puerta del Beckett's con una puntualidad impropia de su aspecto.

—¿Y bien? ¿Has hablado con los dueños?

—Sí, lo he hecho. Y me pidieron que te entregase esto. Si no lo entiendes, te lo puedo traducir.

Cuando puso el comunicado falso sobre la mesa con la confianza de quien descubre un póker de reyes, el hombre de la cicatriz dio un paso atrás y, pálido como si hubiera visto un fantasma, hizo una señal a sus secuaces en dirección a la puerta.

—Y ya nunca los he vuelto a ver por aquí —concluyó Declan.

—Esta historia está muy bien, pero Kovács no es del IRA —dijo József.

—Por eso necesita tu corpachón y tu cara de bruto. Para quitarle a esos tipos ideas raras de la cabeza.

Prácticamente convencido, apuró el Jameson, dio las gracias y prometió pensarlo hasta la noche. Al salir del Beckett's era demasiado tarde para ir a buscar a su padre a la fábrica, así que se fue directamente a casa. Se preparó algo de comer y se tumbó en el sofá a pensar mientras miraba por la ventana.

El ruido de las llaves en la puerta lo despertó de un sueño profundo y, cuando su padre le preguntó que dónde se había metido, József se lo explicó.

—Verás, hijo —dijo Jacob—, eres mayor para tomar tus decisiones y entiendo que tanto el dinero como un trabajo que consiste en ver pasar chicas bonitas es tentador. Y también entiendo que hay que tener muchos cojones para buscarte a ti las cosquillas

en una reyerta de bar. Pero esa gente es chusma. Y la chusma no respeta nada. Y si ese tal Kovács te quiere con él, es porque ya ha tenido problemas en el pasado. Hasta ahora yo he procurado que tuvieras un oficio con el que ganarte la vida como yo lo he hecho. Pero esto ha cambiado mucho y va a cambiar aún más. Soy consciente de que no puedo pretender encerrarte en la vida que yo he tenido, así que si quieres aceptar el trabajo, por mí, bien. De todas formas, ya eres mayor para elegir tu camino.

«Elegir mi camino», pensó. Puede que no tuviera carácter para la competición de élite, pero no estaba dispuesto a dejar de llevar las riendas de su propia vida. Y su padre, aun sin entusiasmo, le había dado algo parecido a su consentimiento. Así que cuando dieron las ocho y media, con margen suficiente para garantizar la llegada del señor Kovács, llamó al teléfono de la tarjeta. Una voz de mujer sobre un ruido de fondo de ajetreo le pidió que esperase.

—¿Dígame?

—Señor Kovács, aquí József. ¿Cuándo quiere que empiece?

—¡Perfecto! Gran decisión. ¿Qué tal si te pasas mañana y te presento a los empleados? Y te tomas algo. Así te familiarizas con el local.

A la mañana siguiente, József se despertó reconfortado con el trabajo nuevo y con la paga, pero, sobre todo, consigo mismo. Después del entrenamiento, lo primero que hizo fue arreglar el cambio de horarios para su nueva vida. Si iba a trasnochar, ya no podría llegar a primera hora, así que lo tendrían que cambiar al grupo de las doce. Acto seguido cruzó la isla en bici hasta la acera por última vez. Dormiría por la mañana, entrenaría a mediodía y saldría de casa a las seis de la tarde hasta el día siguiente.

Esa noche se vistió con un poco más de esmero que para otro día en el Beckett's. Quería causar buena impresión, aunque no sabía a quién. Para llegar al Fortuna tenía que recorrer la isla de Csepel hasta el extremo norte, cruzar el Ráckevei Soroksári-Duna por el puente Kvassay hasta el distrito IX y el Danubio por el puente Rákóczi, bordear la margen izquierda hacia el norte por el distrito XI. Todo en poco más de una hora.

Serían las nueve y media cuando entró por la puerta de lo que le pareció un club algo menos pretencioso de lo que se imaginaba. En un primer impacto visual, el color predominante era el rojo. A la derecha, después de bajar un tramo corto de escaleras, una barra larga de madera con grifos de cerveza local y taburetes recibía a los clientes con la cara servicial de un barman con chaleco negro, camisa blanca y pajarita. A su espalda, sobre repisas con espejo, estaba expuesta la mayor oferta de alcohol que József había visto en su vida. A la izquierda de la barra, una pared de ladrillo viejo con dos grandes ventanas y el hueco de una puerta escondía un salón con seis o siete mesas de madera y una gran chimenea con troncos apilados, pero sin encender. Más hacia el fondo, detrás de un telón de terciopelo también rojo, un gran salón de baile rodeado de sofás Chester muy envejecidos con mesas bajas esperaba la afluencia de los clientes habituales que bailarían al ritmo de la música que ofrecía un hombre mayor que había en una cabina repleta de vinilos.

Kovács le fue presentando a todo el mundo. Hanna, una morena bajita pero muy atractiva que no sería mucho mayor que él, atendía la sala de la entrada. Léna, una mujer rubia algo menor que Kovács y que debió de tener un pasado con él, a juzgar por cómo se hablaban y cómo se miraban. Detrás de la barra, Kris, que llevaba media vida con Kovács poniendo dry martinis y whisky sours y recibiendo teléfonos de cincuentonas en servilletas dobladas. Por último, János Kovács, el hermano mayor. De un tamaño parecido al de Lázsló, parecía el reverso de una moneda. Su pelo ligeramente largo y cubierto de canas le hacía aparentar más edad. En cambio su indumentaria, con un repertorio interminable de chaquetas vaqueras sin mangas y camisetas negras, le daba el aspecto intencionadamente desarreglado de un viejo rockero. János se encargaba personalmente de la música y cuando el cansancio lo vencía, casualmente a la una de la madrugada todos los días, dejaba encargado a su hijo, que también se llamaba János, aunque nunca sin el debido control desde su apartamento en el piso justo encima del local. János padre escuchaba lo que su hijo

iba ofreciendo y, a través de un teléfono en la cabina, iba reforzando o corrigiendo el repertorio.

—Tu función será estar por el local, dar conversación a los clientes y, de vez en cuando, ayudar con la mercancía del almacén a la barra. Para los próximos días debes traer chaqueta y zapatos. Si no tienes, te daré un adelanto para que vayas de compras. Y una cosa más. Los altercados se evitan a toda costa y si, por lo que fuera, no hubiera más remedio que tenerlos, se sacan a la calle. Nunca dentro del local. Necesito tu capacidad intimidatoria, no que vuelen taburetes cada noche.

Efectivamente, József no tenía chaqueta ni zapatos, así que aceptó el dinero de Kovács y el ofrecimiento de Léna de acompañarlo. En la zona comercial visitaron dos tiendas de lo que parecían amigas de amigas y compraron dos chaquetas, una azul marino y otra gris oscuro —«Si el color es llamativo, se nota que repites»— y unos mocasines marrones que durante los primeros tres o cuatro días dejaron rozaduras y un dolor que József encontró innecesario.

Las jornadas en el Fortuna eran tranquilas. La edad de la clientela era acorde con la música de János (Sinatra, Johnny Cash o excepcionalmente Elvis), lo que hacía que los altercados se redujeran a la cantidad de ginebra que Kris servía en cada dry martini. Al menos un par de veces todas las noches József ayudaba con los viajes al almacén y procuraba beber una cerveza cada dos cafés.

Una noche, un tipo de unos cuarenta años se acercó a József impresionado por su tamaño.

—Doy por hecho que eres el nuevo guardián. Me llamo Markus y somos, por así decirlo, colegas. Soy policía.

—¿Pasa algo? ¿Quiere que avise al dueño?

—No, no. Nada de eso. Soy habitual cuando estoy fuera de servicio. Y soy curioso. Supongo que son gajes del oficio. Así que, ya que nos veremos por aquí, ¿por qué no me cuentas tu historia?

Sin terminar de confiar, József le fue contando los inicios en el Csepel, las competiciones, los entrenamientos, la acería...

—¿Y esas manos? Creo que no he visto nunca nada parecido.

—Mi entrenador quería que el dolor en los puños no fuera un lastre, sobre todo en los nudillos, así que durante quince minutos al final de cada entrenamiento me ponía a golpear una viga de madera. Y se ve que, por lo menos, eso lo hice bien.

—Pues a mí lo que me gusta de este local es la música.

—No sé. Yo prefiero la del Beckett's.

—Lo conozco, pero no vas a comparar el folk irlandés con Sinatra, ¿no? —József se encogió de hombros—. Yo toco en un grupo de amigos del cuerpo. Soy bajista. De vez en cuando actuamos en alguna sala del distrito VI. Un día que libres podrías acercarte a vernos.

—No creo que tenga muchos días libres aquí...

Uno de los principales alicientes de aquel trabajo era Hanna. Por un lado era muy altiva con él, pero, por otro, József podía sentir sus miradas. La chica le parecía muy atractiva en su uniforme, pero hacía lo posible por no mirarla directamente, sino en el reflejo de algún espejo. Andaba orgullosa por la sala con bandejas repletas de bebidas que nunca se derramaban y era muy amable con los clientes que, en justa correspondencia, le daban más propina de lo normal.

Antes de darse cuenta, el final de la semana llegó con la inesperada rapidez de los buenos tiempos y, con él, el primer sueldo. József tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para controlar su euforia. Nunca había tenido tanto dinero de una sola vez. Antes de volver a casa, le compró a su padre una botella de Bushmills —el whisky favorito de George Best— y la acolchó como un tesoro en su mochila para evitar cualquier percance en el viaje de vuelta en bici.

Al llegar al gimnasio al mediodía siguiente, un József orgulloso y feliz abrazó a su entrenador como muestra silente de su agradecimiento y propuso a sus dos amigos una tarde de celebración triunfal en el Beckett's. Por mucho que bebieron, aún le sobró algo de dinero que decidió ir guardando para poder viajar a su soñado Occidente y, por qué no, comprarse las ansiadas Nike.

Esa noche, con alguna Guinness de más a su llegada al Fortuna, József se fue directo a contarle a János Jr. su celebración y sus

planes de ahorro. La confianza entre ambos empezaba a crecer de forma natural y el chico resultaba una enciclopedia de cualquier tendencia en Occidente.

—Es por las revistas de mi padre. Las colecciona a millones. Cuando ya no cabían más en casa las ha ido bajando al almacén en cajas de cartón. En algún tiempo muerto, échales un vistazo.

Como esa misma noche estaba siendo tranquila, József decidió que no valía la pena esperar y aprovechó uno de los viajes al almacén para inspeccionar las cajas apiladas en el rincón más lejano a la puerta. Bajo la luz mortecina de la única bombilla del aquel cuarto mohoso, József solo tuvo que levantar una tapa para descubrir decenas de números atrasados de la revista *Rolling Stone* guardadas con meticuloso desorden. Portadas de John Lennon desnudo abrazado a Joko Ono, Mick Jagger espalda con espalda con Keith Richards, David Bowie, U2... Por muy antiguas que fueran, a József le parecían lo más moderno y radical que había tenido en sus manos.

Arrebatado, continuó abriendo las cajas hasta que una portada roja lo detuvo en seco. Bajo el encabezado *Playboy*, una mujer rubia vestida con una camisa blanca, una chaqueta a rayas azules y rojas y una corbata a medio anudar parecía mirarlo a él con una sensualidad que le hizo sonrojar. La rubia llevaba la camisa estratégicamente abierta para dejar a la vista los pechos pero no los pezones y con la mano derecha sujetaba un sombrero redondo como de feriante que le cubría el pubis. Cuando llegó al reportaje de las páginas centrales con fotos de la rubia de la portada completamente desnuda, la erección de József era indisimulable. Cuanto más avanzaba en aquellas fotos más se desinhibía hasta que, perdiendo toda cautela, empezó a masturbarse con una respiración tan agitada que cualquiera podría escucharla desde el otro lado de la puerta de no ser por la música de János. Estaba tan desprevenido, tan fuera de allí, que el ruido de la puerta al cerrarse detrás de una silueta dio con la revista en el suelo.

—¿Pero se puede saber qué coño haces?

József se tapó como pudo y trató de recuperar la compostura envolviendo la vergüenza en desfachatez.

—Yo creo que es obvio, Hanna. Y no es tu puto problema.

—Puede que no sea mío, pero vamos a averiguar qué opina Lázsló.

—No sé a quién beneficia que esto se sepa. Yo no me quiero ir y tú no quieres que me echen.

—Qué sabrás tú de lo que yo quiero. Vístete y sal de aquí, niño perverso.

Y, con otro portazo, regresó al local. Como si pudiera viajar en el tiempo y borrar aquella escena humillante de la memoria de Hanna, József devolvió todas las revistas a sus cajas tan rápido como pudo y recuperó su puesto en la barra, aún congestionado por la excitación y el bochorno. El miedo a que su compañera lo delatara lo atenazó toda la noche y no pudo parar de vigilarla en cada viaje de la sala a la barra. El paso de las horas y la aparente normalidad que Hanna demostraba supuso un alivio que no resultó muy duradero, ya que, en el camino de vuelta a su casa, József fue consciente de que, a partir de aquella noche, su puesto de trabajo estaba en las manos caprichosas de una mujer a la que apenas conocía.

Cuando a la noche siguiente amarró la bici a la escalera del callejón trasero del Fortuna, József estaba decidido a actuar como si lo sucedido en el almacén solo hubiera sido un mal sueño. Saludó a Kris, entró hasta la cabina de los discos para cumplir el protocolo y ponerse a disposición de János, inspeccionó la sala de la chimenea para asegurarse de que todo estaba en orden y ocupó su puesto en la esquina de la barra, donde ya tenía servido su primer café de la noche. Incluso la entrada de Hanna, que dedicó un cariñoso saludo a Kris pero ni una mirada a él, terminó de completar el típico inicio de otro día cualquiera en la oficina.

Como era miércoles y había partido en el estadio Üllői úti, el local se llenaba un poco más que de costumbre, sobre todo en la barra. Los aficionados, que nunca eran demasiado jóvenes debido a la música y los precios, celebraban con una o dos rondas de cervezas las jugadas de su equipo ese día y las comparaban con toda la

galería de recuerdos que, como su padre, almacenaban cuidadosamente en algún rincón de su cabeza.

Ese día, sin embargo, tres jóvenes embutidos en camisetas verdiblancas rompieron con sus cánticos el murmullo monótono de la clientela habitual. Después de hacerse un hueco en la barra a base de desplazar con el cuerpo a otros clientes, exigieron cerveza de un modo al que Kris no estaba acostumbrado.

—¿No me has entendido, bailarín?

Kris se limitó a no contestar, buscar con la mirada a József, que ya estaba al tanto, y servir las tres cervezas. Las bebidas sobre la barra redujeron la tensión pero el reinicio de los cánticos no dejó a József más remedio que intervenir.

—Caballeros, les ruego que bajen el tono. En este local la música es sagrada y al resto de los clientes les molesta el ruido.

—¿Y a mí qué me importa esta puta música de viejos?

—Ese es precisamente el problema, que es un local de viejos. Si son tan amables, les rogaría que abandonaran con calma nuestro establecimiento. De la cerveza no se preocupen, están invitados.

—Tú no tienes que invitarme a nada. Mi bebida me la pago yo y no voy a ir a ninguna parte.

En un gesto pacífico de acompañar fuera al que parecía llevar la voz cantante, József lo agarró por el brazo y, apenas un instante después, sintió un golpe seco en la cabeza, sonido de cristales y humedad. Sin perder la concentración, sujetó más fuerte a aquel tipo, que intentaba zafarse sin éxito, y lo llevó en volandas por las escaleras de la salida hasta la calle. Uno de los otros dos, que salieron tras ellos, golpeó a József en las costillas por la espalda y el dolor punzante le cortó la respiración. Acto seguido, aprovechando la postura encorvada por la asfixia, propinaron a József dos golpes más en la espalda y lo tiraron al suelo. A partir de ahí, sus recuerdos se nublaron. Recordaba haberse puesto de pie en posición de guardia y la sensación de huesos rotos al golpear a uno de ellos en la cabeza. También conservaba la imagen de los otros dos tipos corriendo calle abajo, pero, después de eso, todo era negro.

Cuando recuperó la consciencia, dos policías lo escoltaban del brazo a un coche celular mientras una ambulancia esperaba a que los camilleros se encargaran de uno de aquellos tipos que seguía tumbado en la acera.

Pasaron unas dos horas antes de que Markus, el policía amable del Fortuna, apareciera en el calabozo de la comisaría.

—Por la descripción que me han dado me he imaginado que eras tú. Anda, vamos al hospital a que te echen un vistazo y después te llevo a tu casa, que estarás molido.

El dolor agudo que sintió en la cabeza y la espalda al entrar en el coche le ayudó a recordar los lugares exactos de los impactos recibidos. Como en aquel hospital todo el mundo parecía conocer a Markus, los atendieron en urgencias nada más llegar sin necesidad de pasar por la sala de espera.

—Qué delicia de miércoles de fútbol, ¿eh, Markus? ¿Qué me traes hoy?

—Este no es un hincha borracho, es un amigo. Cuídalo bien.

Después de retirarle la camisa empapada en sangre, inspeccionarlo concienzudamente y despejarle el pelo del cogote, el médico le dijo a Markus:

—El moratón del costado podría indicar una costilla rota, así que vamos a llevarle a rayos y después nos ocuparemos de la herida en la cabeza.

—Perfecto. Lo dejo en tus manos. —Y, dirigiéndose a József, añadió—: Te espero a la salida, que tengo que hacer un par de llamadas.

La radiografía mostraba una fisura más molesta que preocupante en una costilla y tres puntos de sutura cerraron la brecha de la cabeza.

Como había prometido, Markus esperaba en el vestíbulo del hospital.

—Por lo que me han dicho, le has debido de dar fuerte a ese chico. En este momento están en el quirófano intentando encajarle la mandíbula y recomponerle el pómulo, que se lo has dejado colgando. Hablé con el juez de guardia. Tienes suerte de que sea

buen tipo y me deba favores. El testimonio de Kris y de la camarera bajita te van a librar de este lío, pero la próxima vez ten más cuidado cuando saques a pasear tus puños, Sugar Ray.

—Yo intenté arreglarlo por las buenas.

—Pues inténtalo más. Y mejor.

A la mañana siguiente, se sentía como un perro apaleado. Le dolía todo el cuerpo como si lo hubiera atropellado un tranvía, lo habían reprendido por hacer su trabajo y se moría de hambre. Pero sus penas no terminaban ahí. Sobre la mesa de la cocina, además del desayuno, lo esperaba la camisa manchada de sangre con una nota de su padre: «Luego hablamos».

Como consideraba que el cupo de charlas ya estaba cubierto y el dolor no le iba a permitir entrenar, se fue directamente al Beckett's en busca del consuelo que le ofrecerían una Guinness y la conversación de Declan.

—No te tortures más. ¿Qué otra cosa podrías haber hecho? Después de todo, evitaste un incidente molesto a la clientela, que es tu obligación.

—Me preocupa Kovács. No sé cómo se lo habrá tomado.

Cuando se dirigía al Fortuna estaba hecho un lío. Había puesto toda su habilidad en resolver la situación, pero, a veces, las cosas se ponen feas y uno no puede controlar lo que no depende de sí mismo. Pero, por otro lado, Kovács no quería ese tipo de soluciones. Lo que quería era tranquilidad y, probablemente, a esas alturas estaría hecho una furia. Envuelto en un mar de dudas y con un miedo creciente a medida que se acercaba al Fortuna, vio confirmadas sus sospechas cuando, a su llegada, Kris lo estaba esperando con una cerveza en vez del habitual café.

—Kovács me ha dicho que esperes aquí hasta que te avise. Hazme caso: dile que sí a todo, vuelve a la barra y este asunto estará olvidado.

La espera se le hizo larga y, para evadirse, le pidió a Kris uno de los alambres de las botellas de champán que había descorchado la noche anterior. Su padre le había enseñado a crear pequeños esqueletos de figuras a partir del metal y József era

capaz de dejar la mente en blanco durante el tiempo que empleaba en la tarea. Cuando Kovács salió del despacho reclamó la presencia de József, quien, con una delicadeza nada habitual, dejó sobre la barra un pequeño pájaro metálico. «Para ti, amigo», le dijo a Kris. Acto seguido, se plantó en la puerta del despacho del patrón, que lo esperaba dentro con gesto serio, y entró sin esperar permiso.

—Cierra la puerta, József. —Kovács siguió firmando con parsimonia unos papeles que tenía sobre la mesa y, cuando acabó, levantó la cabeza—. Cuando te contraté puede que no fuera suficientemente claro. No te he traído aquí como matón. Te pago para que tu corpulencia intimide, no para que mandes al hospital a los clientes, por pesados que se pongan. —De pie frente a la mesa, con las manos entrelazadas y mirando al suelo, József se limitó a asentir. Kovács continuó—: Y menos mal que te llevaste el jaleo fuera del local. ¿Estás en condiciones de trabajar hoy? —József lo tranquilizó con un ademán de la cabeza—. Pues vuelve a la barra y no me jodas más.

Con la sensación infantil de reprimenda inmerecida, se acodó en su rincón frente a la cerveza de consolación de Kris. Léna y János se interesaron por sus magulladuras y los clientes lo miraban con curiosidad y morbo y murmuraban al entrar. Por las miradas que le dirigían le resultaba evidente que se había convertido en el centro de las conversaciones de aquella noche. Solo Hanna lo ignoró, como de costumbre.

—Me han dicho que testificaste a mi favor. Te lo querría agradecer de algún modo.

—No te molestes. Lo he hecho por proteger el negocio. Eres un animal, y Kovács haría bien en librarse de ti.

La actitud de Hanna lo desconcertaba. El desprecio con que lo trataba, que saltaba a la vista de cualquiera, no encajaba con las frecuentes miradas que le dedicaba cada noche. Y lo peor para József era que, si aquella especie de tortura era intencionada, estaba funcionando como un reloj porque la atracción que sintió por ella la primera vez que la vio empezaba a convertirse en obsesión.

A eso de las diez entró Markus, el policía amable, con buenas noticias del juzgado y del hospital: no habían abierto procedimiento contra József y el chico del quirófano se iba a enfrentar a unos meses de dolorosa recuperación, pero con buen pronóstico. József se sentía agradecido y tenía la firme intención de no volver a recordar aquel penoso incidente... salvo por un par de detalles: Markus ya nunca dejaría de llamarlo Sugar Ray, y Simon y Garfunkel y las «putas de la Séptima Avenida» lo recibirían con «The Boxer» cada noche a su llegada al Fortuna.

El humor con que todos se acabaron tomando lo sucedido tranquilizó el ánimo de József, que solo quería pasar página de aquel asunto, pero la luz de la cocina encendida cuando llegó a casa de madrugada le recordó que aún le quedaba una conversación por tener.

A pesar de que intentó convencer a su padre de que las manchas de la camisa eran más aparatosas que graves y de que nada de lo ocurrido tendría consecuencias para él, no hubo forma de hacerlo entrar en razón. El trabajo de su hijo no lo ilusionaba particularmente, pero, a partir de aquella mañana, ya nunca sería capaz de conciliar el sueño sin escuchar el sonido de las llaves de madrugada.

—No me puedes cargar con esa responsabilidad, papá. Te levantas a las seis de la mañana. Apenas vas a dormir dos horas.

—Pues busca otro trabajo o vuelve a la acería.

—¿Y renunciar a mis sueños? ¿Tú nunca has querido algo mejor? ¿Nunca has querido salir de aquí?

—Mi sueño ha sido sacarte adelante gracias a un trabajo seguro y un sueldo fijo. Y he tenido que hacerlo solo.

—¡Vamos, papá! No la metas a ella también en esto.

—Qué sabrás tú de la vida... Y, además, ¿adónde querías que fuera? ¿Crees que uno puede irse de Hungría cuando le plazca?

—Jakob hizo un ademán airado de dirigirse al salón, pero se detuvo y continuó con un tono entre calmado y decepcionado—: Hice lo posible por ser razonable cuando me contaste lo de ese trabajo, pero tu camisa llena de sangre y tus moratones son demasiado.

—Ya te dije que no ha sido nada. Y, aunque quisiera, sabes que no puedo renunciar. Mi entrenador ha dado la cara por mí, me he comprometido con Kovács y necesitamos el dinero.

—Ese dinero lo necesitas tú. A mí no me metas en eso.

Mientras Jakob se sentaba frente a la televisión sin encenderla siquiera, József se quedó pensando. Los motivos que acababa de exponer a su padre eran ciertos, pero ni remotamente eran los más importantes. Su contribución a un negocio próspero y el respeto de sus compañeros lo hacían sentir orgulloso. Y esa sensación, que no tuvo en la acería ni un solo día, se acababa convirtiendo en adicción. Quería a su padre, que toda la vida se había desvivido por él, pero no lo respetaba, y eso lo hacía sentir sucio. Y la única redención que se ofrecía a sí mismo era pensar que la actitud resignada del viejo con una vida gris y un trabajo monótono, la falta de ambición que había demostrado siempre no eran precisamente la inspiración que un hijo necesita para estar orgulloso de su padre. Así que se sentía mejor culpándolo a él. Ninguno de los dos durmió demasiado esa noche y el paso de los días, entre una maraña insoportable de silencios, los fue distanciando hasta que acabaron por ignorarse casi por completo.

Como en casa el ambiente era tenso, József pasaba cada vez más tiempo en el gimnasio, en el Beckett's y en el Fortuna, intentando sacar todo el rendimiento a las múltiples ventajas de su trabajo. Una de las más esperadas era la llamada de János padre con cualquier excusa. El hombre no tenía más que alzar la mano y József se apoyaba en el quicio de la puerta de la cabina dispuesto a escuchar las historias que su improvisado profesor se moría por contarle. Con cada viaje de Sinatra a Las Vegas para asistir al combate de turno por el título mundial, con cada concierto improvisado de Jackson Browne y Linda Ronstadt en el Troubadour o con cada chica que se turnaban George Harrison, Eric Clapton y Mick Jagger, el ansia de József por salir al mundo se volvía más y más incontrolable. Como en la cámara de las joyas de la corona, János iba extrayendo sus discos y poniendo en las manos de József pedazos de la historia de la música y del arte: Dylan recorriendo las

calles de Nueva York, Lou Reed blanco como Frankenstein, la cara de David Bowie partida por un rayo o los vaqueros de uno de los Rolling Stones por obra y gracia de Andy Warhol. Más allá de las orillas del Danubio se estaba viviendo un sueño, y él no se lo quería perder.

Después estaba el aliciente de Hanna, con su media melena morena, sus ojos oscuros rasgados y altivos, sus piernas no demasiado largas pero bien formadas, con los tobillos más finos que había visto en su vida, y sus prometedores pechos ligeramente asomados al escote que dos botones del uniforme estratégicamente desabrochados ofrecían a los clientes de manera que ninguno se resistía a mirar. Hanna era coqueta con los clientes y amable con sus compañeros, pero no con József, a quién trató con frialdad desde el primer día. Sabía por Kris que era muy independiente y que tenía relaciones esporádicas con hombres a los que abandonaba antes de que el tiempo transcurrido los confundiera. Ni el amor ni ninguno de ellos iba a trastocar la perfecta vida solitaria que ella había elegido.

A lo largo de cada jornada, József sabía dónde estaba ella en todo momento. La seguía con la mirada o la intuía cuando desaparecía detrás de las paredes del salón de la chimenea o en el almacén, y siempre recibía la recompensa de dos o tres miradas gélidas que, extrañamente, lo hacían sonrojar. Aunque nunca había recibido saludo al llegar ni despedida al marcharse, József siempre intentaba mostrarse interesado por ella en los pocos momentos cercanos que la noche propiciaba. Las respuestas habituales eran dos: silencio absoluto o «¿A ti qué te importa, pervertido?». Aun así, nunca dejó de intentarlo.

Una noche que József estaba en el almacén apilando cajas con botellas vacías para descargarlas en los contenedores del callejón trasero donde amarraba la bici, oyó cómo la puerta se cerraba a su espalda, y al volverse sobresaltado, tal y como había sucedido la noche de las revistas, adivinó la silueta de Hanna entre la poca luz y las muchas sombras que la solitaria bombilla brindaba.

—¡Oye, que no estoy haciendo nada malo!

—Cállate. Hablas demasiado.

Y girándose hacia la pared se apoyó con la mano izquierda y se subió la falda del uniforme con la derecha. József se quedó sin respiración, paralizado. No podía creer lo que estaba viendo. La mujer que lo odiaba, que ni se dignaba a saludarlo, se le estaba ofreciendo con su lencería negra de encaje y sus piernas perfectas sutilmente separadas sobre los zapatos de tacón.

Ella giró levemente la cabeza y, sin mirarlo, lo reclamó.

—¿Es que te vas a quedar ahí?

Él se acercó y apretó contra la espalda tensa de ella su pecho y su erección. Hanna soltó un gemido ahogado y, en un impulso instintivo, József buscó con una violencia inesperada los pechos que tantas veces se había imaginado. Ella le apartó las manos —«Quita, que me vas a destrozar la camisa»—, y con la mano derecha se bajó las bragas hasta que quedaron suspendidas en los tobillos. Como en una coreografía ensayada, él se abrió la cremallera del pantalón, levantó a Hanna por la cara interna de los muslos y la penetró dejando escapar un gruñido más estruendoso de lo que se podían permitir. Durante el poco tiempo que transcurrió hasta que acabaron, ninguno de los dos emitió un solo sonido más. O eso, al menos, era lo que József creía. Mientras recuperaba la compostura y se arreglaba el pelo, Hanna solo rompió el silencio para amenazarlo entre jadeos: «Esto no cambia nada entre nosotros y, si se te ocurre caer en la tentación de contárselo a alguien, me voy a convertir en tu peor pesadilla».

Cuando se quedó solo, la congestión y el desconcierto le nublaron el pensamiento. Todo había sucedido tan rápido que empezó a preguntarse si no habría sido fruto de su imaginación. Tratando de recomponer la escena en su cabeza se dio cuenta de que ella había fijado las reglas, tomado las decisiones y dispuesto los límites desde el mismo momento del ofrecimiento, y él había respondido previsible y obediente. Pero la forma en que ella se había entregado, su intensidad, era incompatible con la actitud gélida que había demostrado inmediatamente después y eso lo sumía en una contradicción inmanejable. Y después estaba el For-

tuna. Ella tenía tanto que perder como él si Kovács llegaba a enterarse, así que solo quedaba por averiguar si alguien los había oído. La exigencia de Hanna de guardar silencio respecto de lo sucedido tenía sentido, pero estaba completamente equivocada con lo que significaba. El encuentro en el almacén lo cambiaba todo, al menos para él. No porque tuviera previsto que su relación fuera a ninguna parte, sino porque ya nunca sería capaz de tratarla, o siquiera mirarla, como solía. Pero, por encima de cualquier angustia, József sonreía al pensar que el olor de Hanna, la suavidad de sus muslos, el susurro de su respiración agitada y la sensación de su pelo en la cara se habían grabado en su memoria para siempre.

En cambio ella sí fue capaz de mantener el tono áspero y la distancia. Lo que llevara por dentro era un enigma para József y eso era parte del atractivo. Cada noche, al entrar en el Fortuna, József la seguía saludando y cada noche, sin excepción, ella lo ignoraba. Al principio, le pareció conveniente de cara a guardar las apariencias, pero la normalidad en el trato con sus compañeros en los días transcurridos volvía innecesaria cualquier precaución y la frialdad empezaba a resultarle irritante. Y esa era toda su preocupación hasta que una noche Kovács lo llamó al despacho.

—Tengo que hacerte un encargo especial que supondrá una cantidad extra en tu paga de esta semana. Sabes conducir, ¿no?

—Claro.

—Pues necesito que te presentes mañana a las seis de la tarde en el número 2 de la calle Erzsébet.

—¿En el distrito V? —dijo József con cara indisimulada de sorpresa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—No lo sé. No lo conozco. Lo único que sé es que allí no se pasa mucha hambre precisamente.

—Pues por eso necesito que vayas con tu chaqueta azul y que hagas todo lo que te digan.

—¿Quién me lo va a decir?

—Eso no te importa. Tú haz caso al tipo que se te acerque. Él sabrá quién eres. ¿Tienes gafas de sol?

—No, pero sé dónde las venden.

—Pues lleva unas. Y no hagas preguntas innecesarias. De hecho, no abras la boca en absoluto.

A las seis en punto de la tarde siguiente, József dejó amarrada su bici a un banco de la dirección que le habían dado y esperó. No habían pasado cinco minutos cuando un Lancia gris oscuro se paró a su lado y un tipo, que József calculó que tendría la edad de Kovács, se bajó del asiento del conductor y le hizo una seña para que subiera al volante. Con una enorme barriga, su enigmático contratador tenía una complexión más de luchador que de gordo, aunque iba impecablemente vestido con un traje de tres piezas y corbata que a József le pareció que pretendía disimular los kilos de más. Tenía el pelo gris peinado hacia atrás hasta alcanzarle los hombros y una frondosa barba algo menos canosa que la cabeza. No le dijo su nombre y József tampoco se lo preguntó.

—¿Sabes dónde está la calle Hős?

—No.

—Es el distrito X. Yo te indico. No serán más de veinte minutos.

Mientras salían del barrio más rico de Budapest para adentrarse en lo que se conocía como «el distrito del terror», las alarmas de József se dispararon en su cabeza. Ninguno de los dos pronunció una palabra en el trayecto hasta la llegada a un callejón cubierto de barro con contenedores de basura desbordados.

—¿Ves ese coche blanco? Pues aparca detrás de él. Deja unos cincuenta metros.

József aproximó el Lancia lentamente y lo detuvo a la distancia que le habían indicado. Cuando apagó el motor, dos tipos se bajaron del coche blanco y se quedaron al lado de sus respectivas puertas.

—Ahora nos vamos a bajar del coche. Tú te quedas junto a tu puerta y no hablas ni haces nada, a menos que veas algo raro.

«¿Y qué es eso raro que tengo que ver?», pensó, pero retuvo la pregunta en sus labios y se limitó a obedecer. El amigo de Kovács se acercó con un maletín a los otros dos, que no apartaban la mirada de József en ningún momento. Uno de los dos tipos, el que estaba a la derecha del coche, comprobó el contenido del maletín,

lo guardó en el maletero, dijo algo que József no fue capaz de escuchar con claridad y, tras un gesto de la cabeza que su compañero comprendió perfectamente, se marcharon. El amigo de Kovács se quedó esperando hasta que se perdieron de vista, volvió al coche y ordenó a József regresar al punto de recogida.

Nadie emitió ni un sonido en el trayecto de vuelta pero József estaba encendido por dentro. No había que ser un genio para darse cuenta de que lo que acababa de presenciar no era legal y que su papel consistía en ser lo suficientemente intimidante como para hacer pensar a aquellos tipos que cualquier idea inconveniente iba a resultar cansada y dolorosa.

Cuando detuvo el Lancia y se bajó, estaba tan indignado que ni siquiera se giró para despedirse. Sin haber elegido destino, pedaleó impulsado por la adrenalina y, entre tomarse un tiempo para calmarse o dar rienda suelta a su furia, optó por dirigirse a Károli Gáspár para digerir lo ocurrido. Con la bici amarrada en el pasillo lateral de la única casa que había conocido desde niño, hizo el ademán de introducir la llave en la cerradura, pero se detuvo. El recuerdo de las palabras proféticas de su padre en la cocina lo abochornaban y no tenía estómago para revivirlas en el mismo escenario. Así que, con las manos en los bolsillos y mirando al suelo, como un tigre enjaulado, recorrió la calle una y otra vez en completa soledad. ¡Cómo podía haber sido tan idiota! Era evidente desde el principio que querían aprovecharse de él. Sacar partido de su apariencia física mientras fuera posible. Y cuando su cuerpo hubiera sido encontrado en el maletero de un coche o en un contenedor de basura, pobre infeliz, pasar al siguiente en la fila de descartes del Csepel. Y lo más humillante era que su padre se había dado perfecta cuenta y él, con su arrogante ceguera, lo había despreciado. Pero era demasiado tarde para dar un portazo a su nueva vida. Después de todo, el Fortuna era un negocio legal y su responsabilidad era protegerlo. Y eso no era lo mismo que convertirse en un matón. Hablaría con Kovács y le dejaría las cosas claras. Su trabajo empezaba y terminaba en el club y no había dinero extra ni compromisos que fueran a cambiar eso.